

# Cuento en la Escuela de Letras

ANTONIO PEREIRA

“Queridos colegas” (se dirigió a los profesores), “señoras y señores alumnos” (pues a la escuela o taller de letras acudimos los jubilados del cuerpo diplomático, damas de la capital con mucho tiempo libre, niñas céntricas que se han cansado de picotear en la decoración y los idiomas), “un cuento es una salida rápida para dar un golpe de mano y recuerden que en las primeras líneas hay que estar ya metidos en acción”.

Era la figura invitada. Sabíamos que no daba lecciones convencionales y que sin apenas darnos cuenta le estaríamos oyendo una de sus fabulaciones del Noroeste. Ni siquiera hizo una pausa:

-Ya no quedan viajeros de comercio con los que puedas hablar si sigues apegado al tren. Por eso me alegró coincidir con un fraile redentorista que era lo más parecido a un viajante.

-Tarjetas no uso- me dijo el fraile. Echó mano el tipo a un portafolios de plástico negro, como negro con brillos era el pantalón sobre el que montaba un grueso jersey gris, y en el jersey un crucifijo discreto. Y que si alguna vez se me ofrecía algo de su persona, allí tenía su nombre en un prospecto de la última novena.

-La Reverenda Comunidad de una ciudad histórica de Castilla anunciaba los actos en honor de su Fundadora, en tipografía de caja de la de antes, con orla, y el nombre del orador sagrado aparecía en letras destacadas, aunque un poco inferiores a las de Santa Beatriz de Silva, con un sentido jerárquico como en el teatro.

- Son unas santas del Señor- dijo el predicador-, el convento es antiguo y nada confortable, unas benditas- con la superioridad de los curas sobre las mujeres.

El viaje podía hacerse largo. Pensé preguntarle al hombre si va a haber mujeres sacerdotes, pero hay que aprovechar estos encuentros, y lo mejor es esperar a que el otro se descubra, quizá ustedes no viajan en tren o en autobús de línea, es lástima, siempre puede caer un relato aprovechable. El redentorista o mercedario, pongamos que mercedario, debía de ser un "liberado" en su Congregación, vivía rebajado de todo

servicio que no fuera el de los sermones, y a lo mejor entregaba los estipendios a la caja común.

- Cuando uno es predicador y viaja- se confiaba -, da gusto llegar a un sitio donde tienes casa de orden. Suele ocurrir que los frailes de pie quieto no tengan mucho trato, pero son acogedores con el hermano viajero. Una de esas casas está bien situada para los transbordos, y mejor si puedes detenerte algún tiempo. Es en la comarca de Monforte de Lemos y el clima ayuda al descanso. Y a los nervios, porque el ministerio de la palabra produce mucha fatiga, ese estrés que dicen ahora.

El fraile hizo algunos visajes, como si el recuerdo de sus tensiones lo impulsara a exteriorizarlas.

-Alguna vez he llegado allí ligero de maleta pero con el espíritu abrumado, y al cabo de unos días he retomado mi destino dando gracias al Señor. Aquel convento de paso produce vino para el gasto, un tinto honrado y sin pretensiones que alegra la hora de las comidas en el refectorio. Uno mejora de las ansiedades en aquel ambiente de simplicidad. Figúrese usted, el superior tiene celos de un cosechero vecino, sólo porque la bodega de éste salió en una revista de la Diputación. "¡Y se ignora- clama el superior- la de este monasterio que es bodega con fachada noble y no de mampostería de canturreal!"... La última vez le andaban dando vueltas al problema de la zarcera por donde vienen a las manos del cocinero las liebres y los conejos despistados, que en los últimos tiempos no se sabe por qué no funciona el invento.

-Me ofreció una pastilla juanola. Naturalmente, el viajero fraile iba a hablar de sí mismo y adiviné que sería con su historia clínica:

-No puedo quejarme, no, sesenta años que el Señor me ha concedido, y cuarenta son a su servicio, ¿cómo anda usted de la tensión?, gracias a Dios en un chequeo que me hicieron me dijo el médico que sobresaliente. ¡Si no fuera por la ansiedad, este preocuparme de pequeñeces que yo mismo sé que son pequeñeces! El no olvidarme de coger los guiones para el púlpito, las gafas de repuesto pensando en una emergencia, el chequetrén. O el dudar de si he desenchufado la estufa eléctrica y volver setenta veces siete a comprobarlo cuando yo estoy cierto, absolutamente, de que la estufa quedó desenchufada. Yo no sé si usted sabe lo que es eso. Es una tontería y se sufre a lo tonto.

-Le pasa a mucha gente- dije por consolarlo. Pero nunca tuve compasión con quienes fomentan las manías; pienso que en el fondo disfrutan con eso.

-He tenido que acudir a especialistas- bajó la voz el fraile-. A veces me ayudo con sus sedativos, pero mi alivio está más en el ejemplo de los grandes espíritus que se han

librado de las cadenas y nos legaron su triunfo. No hay filósofo importante que no haya meditado sobre las preocupaciones. Empezando por Confucio. Pero vengamos a lo nuestro, ¿a quién podría citarse mejor que al Divino Maestro Jesús!: El pan nuestro de cada día dánosle hoy. No el pan duro y atrasado, y tampoco el pan de mañana. Cada día trae su afán. Hay que saber vivir en compartimentos estancos.

El predicador se detuvo para aclararse la garganta:

-En una novena, o triduo, o panegírico de un santo yo no puedo hablarles a mis fieles de un poeta pagano llamado Horacio, o del griego que no podía bañarse dos veces en el mismo río. Y menos aún de Thomas Carlyle. Pero a usted sí le puedo decir que este Carlyle escribió una frase que me ha sido como una llave de oro: "Lo que interesa no es ver lo que se vislumbra vagamente a lo lejos sino lo que tenemos claramente a mano".

No sé si les he dicho que era un fraile delgadísimo, pensé en esos flacos que comen mucho. Exageró sus muecas nerviosas:

-Los tics es mejor no encararlos de frente, mejor al sesgo y hasta con burla de uno mismo. Lo enseñó Lin Yutang, un filósofo de crédito. Como lo fueron Montaigne y el famoso doctor Alexis Carrel...

El tren era un regional de vagones corridos, son sacrificios que deben asumirse. Si el fraile hacía un silencio o bajaba la voz, se oían flecos de las conversaciones vecinas: "Qué va a saber la pobre, si le ocultaron los análisis". Y una mujer joven a su compañero: "Perdona que te lo diga, pero eso tu madre debió decirlo antes de la boda". Son embriones, y luego prosperan en la cabeza del narrador...

Hubo una parada en una estación pequeña, quizá un apeadero, y en las paradas todo el mundo se calla como si fuera a ocurrir algo. No ocurrió nada. Cuando el fraile reanudó su plática, habló de Rudyard Kipling y de la conformidad de Milton con su ceguera, de Emerson y del Darwin de *El origen de las especies*. Zoroastro y Schopenhauer- lo citó postulando la conveniencia de ocultar las propias flaquezas-: "El vulgo disfruta mucho con los defectos de los hombres importantes".

Marchábamos hacia Poniente por entre un paisaje de viñas en tierra de Valdeorras, y mi compañero ocasional y yo llevábamos los asientos de ventanilla por donde entraba el último sol de la tarde. El traqueteo favorecía la ensoñación y yo pensaba que no debe ser mal plan ese de los conventos, y oyendo al fraile imaginaba sus bibliotecas copiosas. No dejaba de admirarme que autores así anduvieran en manos de un clérigo, y total para predicar novenas, la novena de Fátima en Pontevedra... El fraile extraía ahora sus consolaciones de La Rochefoucauld, citaba a

Francis Bacon y a Santayana, y ya faltaba poco para la estación donde iba a hacer su transbordo.

-Me parece usted un señor tranquilo- me dijo preparando la despedida-, pero en esto de los nervios nunca se sabe. Todo lo que le he dicho y han escrito esos grandes hombres está condensado en un vademécum que yo le aconsejo- enseñó sus dientes, una sonrisa oscura y desigual-... y no es que lleve comisión en su venta.

Abrió el portafolio, que de vez en cuando había palpado durante el viaje. Ahora me fijé y sobre el plástico negro se leía una propaganda deslucida de un Banco. Hurgó azoradamente y sacó un libro de portada comercial. Cómo librarse de las preocupaciones y ser feliz. Una cosa así, de un autor de Misuri que no encontrarán en ningún tratado de literatura. Estábamos llegando a Monforte y no quedaba tiempo para decepciones. Las fuentes laicas del fraile se reducían a aquel recetario y la filosofía de segunda mano no me interesaba. Pero no me pesa el minuto que dediqué a las primeras líneas del libro.

Ahora sí hubo una pausa notoria del escritor invitado. Bebió agua y echó mano de unas notas. Quizá iba a hablarnos, al fin, de si es bueno empezar a contar con misterio como en las mejores piezas de Borges, o por el final con vueltas y revueltas a lo Benet, *o in medias res*, que le gustaba a Homero. Pero leyó:

*«Hace treinta y cinco años yo era uno de los jóvenes más desgraciados de Nueva York. Punto. Me ganaba la vida vendiendo camiones. Punto. No sabía qué era lo que hacía andar a un camión. Otro punto y seguido. Y esto no era todo: tampoco quería saberlo. Despreciaba mi oficio. Despreciaba mi barata habitación amueblada de la calle Quincuagésimosexta Oeste, una habitación llena de cucarachas»*

Ya estaba el famoso levantándose del sillón en nuestra escuela de pago y nos resumió su consejo. Estudien a ese Dale Carnegie, no se puede entrar mejor y más rápido en una historia.

Con lo cual, pasamos al cóctel.